

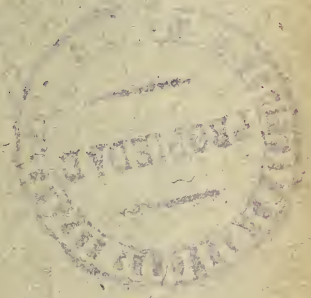
LUIS MARTINEZ ROMAN

---

# DE TEJAS ARRIBA

ENTREMÉS

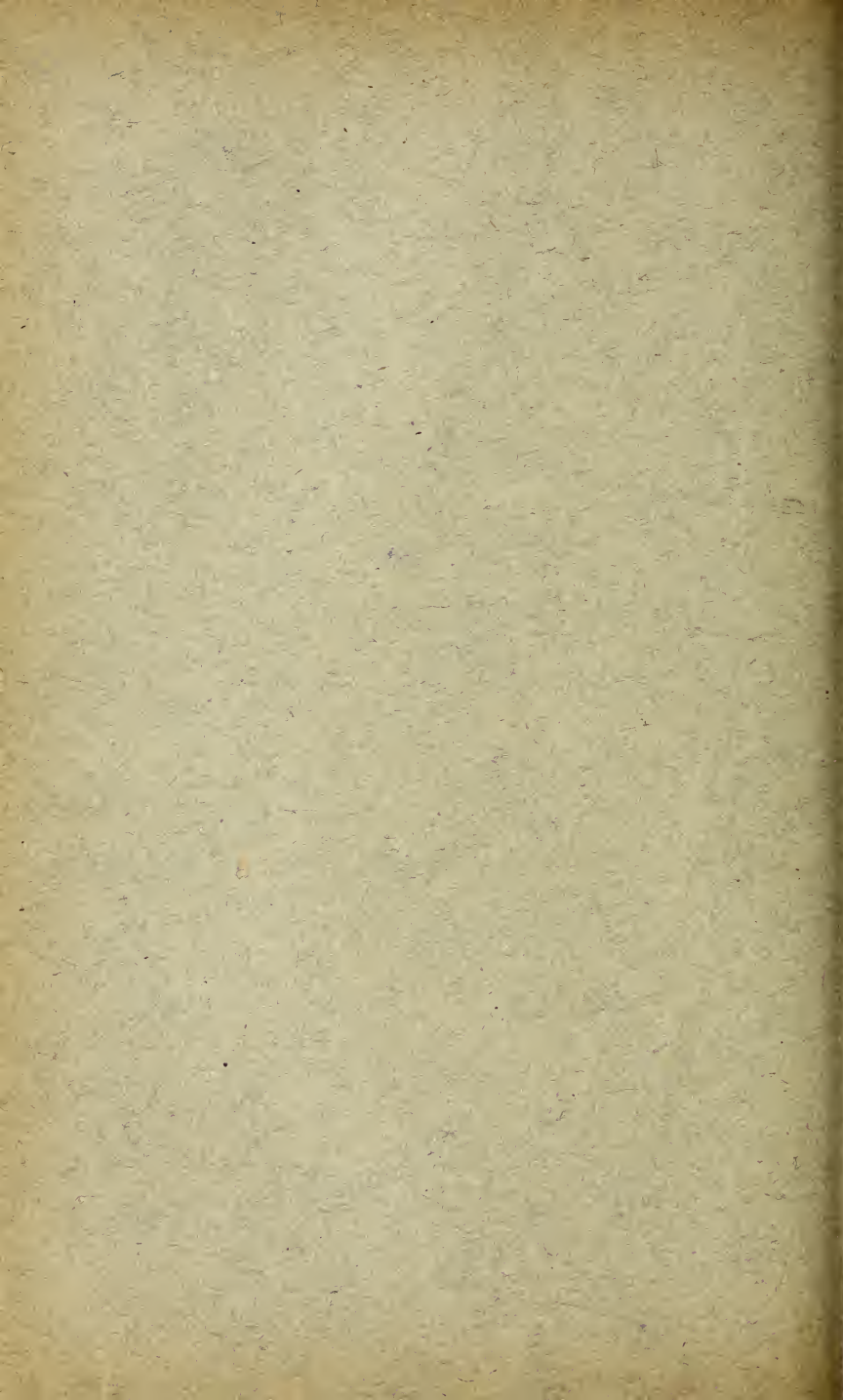
ORIGINAL Y EN PROSA



Copyright, by Luis Martínez Román, 1919

MADRID  
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES  
Calle del Prado, núm. 24

1919



A Paco Barraycoa, con todo el  
agradecimiento y el cariño de

*El Autor.*

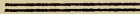
# REPARTO




## PERSONAJES

## ACTORES

MARÍA.....	SRTA. TORRES.
SEÑORA JULIA.....	SRA. BLANCO.
SALVADOR.....	SR. BARRAYCOA.
GUARDIA 1.º.....	MENDEZ.
IDEM 2.º.....	CASTELLANOS.





# ACTO UNICO

---

La escena representa un cuarto aguardillado, muy limpio y denotando cuidado femenino. Una cómoda en la que hay chucherías, dos duros en plata y alguna calderilla. En el centro, una mesa, y sobre ella, colgando, una bombilla de luz. Sillas baratas, nuevas y limpias. En la cómoda algunos retratos.

Al foro una ventana abierta y practicable, que da al tejado. En ella tiestos de verbena y albahaca.

A la derecha puerta a la alcoba de María y otra a la cocina.

A la izquierda otra que comunica por corto pasillo a la puerta del piso.

En un aparador vasos, platos, etc.

En la ventana un botijo.

## ESCENA PRIMERA

SEÑORA JULIA

Al levantarse el telón aparece la escena sola. A poco entra señora Julia, llevando en brazos a un niño de pecho, dormido el angelito. Atraviesa la escena, entra en la alcoba de María y sale en seguida sin el niño. Vuelve a atravesar la escena y se va por donde ha venido, cerrando con llave la puerta del piso, procurando que se oiga el ruido de la cerradura. Vuelve a quedar la escena sola. Conveniría que se oyera dar las once en un reloj de torre; pero si el viento fuera contrario, podría prescindirse de las campanadas

## ESCENA II

SALVADOR

Aparece en la ventana, como si viniera por el tejado huyendo. Se asoma, explorando, y al no ver a nadie baja a la escena. Al saltar por la ventana, tira un tiesto de albahaca que se rompe al caer al interior de la habitación

(Azorado.) ¡Maldita sea!... ¡Pues no he roto un tiesto!... ¡Si cuando uno va azarado... no hace nada a derechas! ¿Me habrán oído? (Pausa. Sigue examinando la habitación, sin apartarse de la ventana.) ¿Dónde me habré metido? ¡Cualquiera lo sabe! Pero no teniendo donde elegir... Lo más malo será que esta gente me denuncie y me entregue a la policía. Después de todo, entre que me entreguen o que la policía me coja en el tejado, prefiero que me entreguen; menos probabilidad de romperme un hueso. (Tímidamente y como dudando.) Yo llamo, me presento y luego que hagan de mí lo que quieran. (Con temor.) ¡Casa! ¡Ave María!... No contestan. Aquí no debe de haber nadie. (Dirigiéndose con mucha cautela hacia la puerta de salida.) Esta es mi salvación, porque saliendo por la puerta del cuarto, bajo la escalera y ya estoy en la calle. (Sale por la puerta de la izquierda y vuelve a poco muy abatido.) ¡La puerta cerrada con llave por fuera! Y yo aquí cogido. ¡Si es la uva! ¡Cuando uno está de malas!.. ¡Maldita sea! (Examinando la habitación.) Este cuarto me tranquiliza. Todo está muy limpio y muy cuidado. Los que viven aquí no pueden ser malas personas, no me entregarán. Una caja de jabón de olor. Le falta una pastilla. Dos duros, una pila de calderilla. Un... ¡ay! un retrato de guardia civil... Estoy perdido, ahora sí que estoy perdido, aquí vive un guardia civil. Yo me vuelvo al tejado. (Ademán de irse.) ¡Mire usted que venir a caer en casa de un guardia civil!... (Sobresaltado.) Ya están ahí. (Asomando a la ventana con precaución.) No, no es nada. Con este sobresalto estoy viendo guardias por todas partes. Pero de todos modos, en esta

casa no me ampararán, yo me vuelvo al tejado.

(Cuando Salvador va a marcharse de nuevo por la ventana, se oye en la escalera una voz de mujer que sube cantando una canción popular, con tal que no sea el «Relicario», y en seguida se oye el ruido de la llave al abrir la puerta de la habitación. Salvador se sobresalta al oírlo, mira a todas partes buscando la huída y no encontrándola, se oculta, en pie en un rincón, de modo que María no pueda verle al entrar.)

### ESCENA III

SALVADOR y MARÍA

María es una chica de veinte años, traje de modistilla, muy vaproso y limpio, respirando en su persona desahogo y bienestar en su clase. Empieza por quitarse las prendas exteriores, y cuando inicia el desabrocho de la blusa, Salvador se agita en su rincón al cual está de espaldas de María

**SAL.** ¡Cristol! ¿Qué hace esta mujer? Y si no la aviso, el susto va a ser después mucho más gordo.

(En esto, María, al hacer un movimiento, se vuelve y ve a Salvador, sintiendo un susto horrible.)

**MARÍA** (Con voz entrecortada por el terror.) ¡Ay, Madr...! ¡Socorro! (Recobrando fuerzas y yendo hacia la puerta.) ¡¡Socorro!!

**SAL.** (Arrojándose sobre ella y tapándole la boca.) ¡Por Dios, niña, no grite usted, que me pierde.

**MARÍA** (Luchando por escapar de Salvador, sin conseguirlo.) ¡Socorro, madre!

**SAL.** No llame usted, por lo que más quiera, que me pierde, que pierde a un hombre honrado. (Este diálogo muy rápido.)

**MARÍA** (Luchando.) ¡Hilario! ¡Señora Julia! ¡Socorr...!

**SAL.** ¡Por mi salud, que soy un hombre honrado, que no soy un ladrón! Ahí está el dinero encima de la cómoda, sin que lo haya tocado. ¡No llame usted, por Dios! No pierda usted a una persona decente. He entrado aquí porque venía huyendo, encontré esa ventana abierta y me refugié, como podía haberlo hecho en otra parte. Por estas, que soy un hombre honrado, incapaz de hacer daño a una mosca.

MARÍA : (Le mira a la cara algo tranquilizada, pero siempre recelosa y sujeta por él.) Si eso es verdad, suélteme usted!

SAL. : Si usted me promete no llamar, la suelto, me pongo ahí, lejos de usted, y desde lejos, la cuento lo que me pasa, y después que me oiga, hace usted de mí lo que le da la gana.

MARÍA : (Forzajeando.) Pues suélteme.

SAL. : Pero sin gritar, ¿eh?

MARÍA : (Más tranquila y mirándole.) ¡Suélteme!

SAL. : (Soltándola y retrocediendo a ponerse lejos.) Ya está usted libre. ¡Ahora soy yo el que está cogido! Si usted quiere, me pierde.

MARÍA : (Vacilando.) ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere de esta casa que es de una pobre mujer honrada? Aquí no hay nada, ni dinero, ni alhajas...

SAL. : (Desde lejos.) No busco eso; tranquilícese usted, yo no soy un ladrón. Soy un trabajador honrado, que ha venido aquí huyendo.

MARÍA : ¿Huyendo de quién?

SAL. : De la policía. (Ella hace un ademán de susto y retrocede hacia la puerta. Salvador da un paso para detenerla.) No, no es por nada malo. Estábamos en el metin que ha convocao el gremio con motivo de la huelga, cuando un compañero pide la palabra y dice: La federación no tiene más fines que los principios... «¿En qué quedamos?»—dice uno de la galería—. El orador se desconcierta y prorrumpe en frases altisonantes que alcanzan a los de la galería y hasta más arriba de su cuarta generación. Sobreviene el tumulto, hay unos garrotazos, suena un tiro, el Delegado suspende el metin y ordena la detención de los revoltosos; y como yo me encontraba entre ellos, aunque ajeno por completo a sus manejos, procuro escabullirme, pero un guardia se arranca tras de mí...

MARÍA : Y le echa a usted al tejado.

SAL. : No es eso. Se arranca tras de mí; y él detrás y yo delante, tuerzo la esquina de la calle, echo la vista atrás, no veo al Guardia y aprovechando la coyuntura para despistarlo, me meto en el catorce de esta calle, subo la escalera arriba y por la terraza salto a este tejado; al ver esta ventana abierta me cuelo aquí... Y ya lo sabe usted todo.



MARÍA (Sin quitarle ojo y casi tranquila.) ¡Ay, hijo; pues si eso es de veras, no sabe usted el susto que me ha quitado de encima!

SAL. Pues no sabe usted el que me he quitado yo, porque al pronto creí que era usted más terca que Agustina de Aragón. ¡Uff!! (Reparando en el escote desabrochado y en María.) ¡Y hay que ver lo que se trae la niña esta!) (Del miedo y del terror de los primeros momentos, van pasando a una tranquilidad y a una simpatía recíprocas.)

MARÍA Si eso es así, ya puede usted estar tranquilo, que no seré yo quien le denuncie, pero... ahueque el ala y váyase de aquí que a mí me gusta mucho la soledad.

SAL. ¡Anda, y a mí también!... ¿No se llama usted Soledad por un casual?

MARÍA Me llamo María, pero ponga usted que me llamo Soledad y lárguese ahora mismo.

SAL. Como usted quiera. (Ademán de irse.) Pero ya podía usted hacer el favor completo y dejarme descansar diez minutos sentado en esa silla, que bien lo necesito después de la corrida y del susto que me he llevado.

MARÍA ¡Que nos hemos llevado, dirá usted!

SAL. Justamente, que nos hemos llevado; y darme un vasito de agua fresca de ese botijo, porque tengo el gañote más seco que el Manzanares.

MARÍA (Vacilando hasta decidirse.) (Pobrecillo.) ¡Ea! Pues por mí no se seque usted. Ahí va el agua. (Reparando en el tiesto roto.) ¡Ay, madre mía! ¡Virgen de la Paloma, qué estropicio!

SAL. (Azorado.) Eso ha sido... el gato. ¿Tiene usted gato?

MARÍA ¡Ha sido usted, bandido, ha sido usted!

SAL. Puede que sí. Pero sin querer; usted perdone... No sabe usted lo que es un hombre huyendo. (Reparando en la cabeza de María que está recogiendo el tiesto agachada.) ¡Vaya una mata más hermosa!

MARÍA Ya ve usted. (Apenada.) Lo mejor que había en la verbena.

SAL. Yo me refería a esa mata de pelo, que es lo mejor de la verbena y de la península ibérica, para no ir más lejos.

MARÍA Le advierto a usted que no estoy para chicleos. ¡Mi mata de albahaca!

- SAL. Verdad; el que le ha causado a usted esa pena merecía estar en la cárcel a pan y agua.
- MARÍA Pues ha sido usted.
- SAL. Pues deme usted agua sola para que sea más dura la pena, y en lo respectivo a la cárcel, desde ahora mismo me tiene usted preso.
- MARÍA (sirviéndole el agua y algo interesada.) ¡Valiente raspa! Ni el agua merecía usted. ¡Ya podía haberse ido a aterrizar a otra parte.
- SAL. Con permiso. (Bebiendo con ansia.) Y coste que si yo hubiá sabio antes dónde estaba este aródromo no sería esta la primera parada.
- MARÍA ¿Es usted aviador?
- SAL. Soy tallista.
- MARÍA (Con repugnancia.) No me gusta el oficio. Es algo sucio. ¡Callista!
- SAL. Ta, ta, niña, tallista.
- MARÍA ¡Ay, hijo, dispense usted! Le había entendido callista, y eso es sucio y pedrestre además.
- SAL. Sí que lo es; pero yo no ando en esos oficios ni me pongo a los pies de nadie, más que de usted.
- MARÍA Muchas gracias. (Y no está mal el tallista éste.)
- SAL. ¿Ve usted cómo uno no es lo que parece? En cambio, yo he confiado en usted desde el primer momento; desde que la vi la cara.
- MARÍA Será porque tenga ángel.
- SAL. ¡Un retablo, con todos los angelitos del cielo!...
- MARÍA (Rechazándole afectuosamente.) Parece que ya está usted descansao.
- SAL. En la gloria.
- MARÍA Bueno, pues se va a cerrar. Usted a la calle.
- SAL. ¡Alma negra! Para que me coja la policía.
- MARÍA Se sube usted a otro tejado.
- SAL. Para mí no hay otro tejado en que caer que éste. Y me había de caer del cielo y vendría como una flecha a parar a este agujerito.
- MARÍA ¿A romper otro tiesto con la cabeza?
- SAL. Y ojalá que del golpe me quedara plantao y retoñase para pasarme la vida cuidado por esas manos y echándola a usted flores. Iba yo a ser el mejor tiesto de su jardín.
- MARÍA Y el mejor plantac, porque ya parece que ha echado usted raíces.

- SAL. (Muy insinuante.) ¿En ese corazón?  
MARÍA (Apartándole.) ¡Chist! Cuidadito, que se sale usted del tiesto.
- SAL. Pues vamos al trasplante, si usted quiere.  
(De pronto.) ¿Usted es cigarrera?
- MARÍA No, señor; modista. Pero, ¿a usted qué le importa?
- SAL. Vaya si me importa saber con quién voy a juntarme pa todo lo que me queda de vida.
- MARÍA Pero, ¿va a ser conmigo?
- SAL. Naturalmente.
- MARÍA ¿Pues no hemos quedao en que se iba usted ahora mismito?
- SAL. Dentro de un rato... y para volver muy pronto, a no ser que usted quiera condenarme a la desesperación solitaria.
- MARÍA No será tanto. Aparte de que a mí me va muy bien volando sola.
- SAL. Mejor volaríamos los dos juntitos.
- MARÍA ¿Por los tejados?
- SAL. Por las nubes, que están más altas y algunos ratos por la tierra para coger pajitas y hacer el nido.
- MARÍA ¡Menudo pájaro está usted hecho! Pero... vaya ahuecando el ala para emprender el vuelo, porque le repito que a mí me va muy bien solita en el mundo.
- SAL. Pero, ¿es usted solita?
- MARÍA Completamente.
- SAL. Pues entonces, ¿quién es ese guardia civil que tiene usted retratado encima de la cómoda?
- MARÍA ¿Ese? Es un primo mío por parte de madre que murió en Santi-Espíritus.
- SAL. ¿Dónde?
- MARÍA En Santi-Espíritus.
- SAL. ¡Amén, Jesús! Pues... valiente susto me ha dao el difunto. ¡Dios le haya perdonao!
- MARÍA Bueno, ¿y no tiene usted más que preguntar?
- SAL. Sí, señora; lo definitivo. Si quiere usted que nos casemos.
- MARÍA Caray, hijo, aprieta usted más que unos zapatos nuevos. Hombre, así, de repente...
- SAL. ¿Va usted a esperar a que se acabe la Gran Vía?
- MARÍA Lo que yo tengo que esperar es a encontrar un hombre, que me quiera a mí sola, que

se preocupe solo de mí, que viva para mí, de su trabajo sin meterse en metines para luego salir por los tejados, ¡y usted no es esel!

SAL. Al contrario; no crea usted que a mí me tiran los metines ni la reorganización social. Yo soy un trabajador que no podrá ofrecerle a usted una *pringue* fortuna, como usted se merece, pero que está dispuesto a poner quince duros madrileños todas las semanas en esas manitas de gloria, para que usted convierta esos duros en garbanzos y... en harina lacteada cuando llegue el caso. Un hombre que no vivirá más que para usted, que va a pasar la vida adivinándola a usted el pensamiento...

MARÍA Sí, pues adivine usted lo que estoy pensando.

SAL. En cuanto usted me lo diga.

MARÍA En que ha pegao usted un programita que me gusta.

SAL. Pues en cuanto usted quiera empieza la función.

MARÍA Lo malo es que ese programa se quede en palabras como los que predicán en los mitines.

SAL. Ese programa se cumplirá. Que yo dando una palabra soy más fijo que un almanaque de pared. Y en cuanto a cualidades... yo no fumo, yo no bebo, si no cuando me dan un susto; yo no soy juerguista, ni jugador, ni mujeriego; de modo que ya ve que le ofrezco un cónyugue en muy buenas condiciones y pin-ti-pa-rao.

MARÍA Pues hijo, ya voy viendo que es usted una ganga, no para una señora sola, sino para una junta de damas; como le cojan a usted me lo rifan en la kermese del distrito.

SAL. Pues que me rifen; como usted tome una papeleta le toco.

MARÍA Será si me deajo.

SAL. De eso hablamos.

MARÍA (Reaccionando de la sugestión producida por la charla de Salvador.) Bueno, pues con todo y con eso amigo...

SAL. Salvador.

MARÍA Con todo y con eso, amigo Salvador, se acabó la chapuza. Usted ha entrado aquí como

usted sabe; yo he accedido a que se ocultara usted y le he salvado de los guardias... Ahora a usted le toca marcharse. ¿Qué más quiere usted que haga?

SAL. La felicidad de toda mi vida.

MARÍA Es usted muy joven y voy a tener que hacer para mucho tiempo.

SAL. Cuando usted se canse le doy mi palabra de morirme en el acto.

MARÍA Basta; sin chirigotas. Máchese usted; yo soy una mujer honrada y con estar tanto tiempo en esta casa, me está usted comprometiéndolo. Váyase ya, Salvador.

SAL. Soy un cordero... Lo que usted mande. (Ademán de irse.) Pero antes le pido a usted un favor.

MARÍA ¿Cuál?

SAL. Que me permita volver. ¡Yo necesito de usted para toda mi vida!

MARÍA (Zalamera, después de vacilar.) Nos veremos.

SAL. (Efusivo.) ¡Dios se lo pague! ¡Adiós, María!

MARÍA Adiós, Salvador.

(Sale Salvador, ella lo acompaña a la puerta del cuartó, pero en seguida vuelven a escena, sobresaltados, porque al abrir han visto a los Guardias, que suben.)

SAL. (Entrando.) ¡Estoy perdido! ¡Ahí está la policía... ¿Dónde me escondo?

(Llaman los Guardias.)

MARÍA En ninguna parte; en mi casa no se esconde ningún hombre. (Sale abrir.)

## ESCENA IV

DICHOS y los GUARDIAS 1.º y 2.º

MARÍA (Dentro.) ¿Qué desean?

GUAR. 1.º (Dentro.) El jefe nos envía en busca de unos pajaros que salieron de naja y venimos a saber ..

MARÍA ¿Y ustedes conocen a los pájaros?

GUAR. 2.º No, señora; porque nosotros no somos del distrito. Estábamos de vigilancia a la puerta del Luxeden..

MARÍA Pues pasen ustedes, pero aquí no hay nadie. (Entrando.)

GUAR. 1.º Con permiso. Buenos días.

SAL. Muy buenos.

- GUAR. 1.º (A María.) Y este joven, ¿es de la casa?  
MARÍA Como si lo fuera.
- GUAR. 2.º (Al 1.º) Este creo que me parece uno de los que salieron huyendo.
- GUAR. 1.º (Al 2.º) Paréceme también. (A Salvador.) Pues haga el favor de seguirnos.
- SAL. ¿A dónde?  
GUAR. 1.º A la comisaría.  
SAL. Vamos donde ustedes quieran.  
MARÍA ¿A la comisaría? ¿Pues qué ha hecho?  
GUAR. 1.º Como hacer... hacer... pero coligemos que es uno de los que salieron huyendo del metin del Luxedén y... ¡en la comi se pondrá eso en claro!
- MARÍA Pero no hay derecho a detener a un hombre que no se ha metido en nada.
- GUAR. 1.º No hay derecho... No hay derecho... Nosotros somos mandaos y como aquí el señor nos semeja uno de los que han salido huyendo...
- GUAR. 2.º Y a un compañero le rompieron el uniforme, y habiendo desacato, las cosas no pueden quedar así...
- MARÍA Muy bien dicho, las cosas no pueden quedar así. Pero que pague el que sea.
- GUAR. 1.º Eso es verdad.  
MARÍA Ustedes harán lo que sea su obligación; pero ahora se cuelan, y ustedes perdonen, porque el señor no es el que ustedes creen ni al que buscan. Ya les he dicho que es como si fuera de casa, porque es... mi novio. (Con intención para que lo entienda Salvador.) Y como estamos para casarnos, pues viene aquí todos los domingos por la mañana... y cuando cae buenamente.
- GUAR. 1.º (Al 2.º) Bien mirao, no me parece el mismo.  
GUAR. 2.º (Al 1.º) Ni a mí tampoco. (A María.) Pero como a lo primero, aquí la joven, decía que como si fuera de la casa, sin decir el qué...
- MARÍA Ustedes se harán cargo; no va una a decir estas cosas... así de pronto...
- GUAR. 1.º Sí, comprendemos... hay rubor...  
GUAR. 2.º Bueno, pues vamos al dieciocho, y si no están allí, dalos por desaparecidos. Pero ya cairán. Vaya, ustedes dispensen.
- GUAR. 1.º Quedar con Dios.  
SAL. }  
MARÍA } Buenos días. (Se van los Guardias.)

## ESCENA V

SALVADOR y MARÍA

- SAL. ¡Ay, niña, bendita sea esa boca!
- MARÍA ¿Por qué?
- SAL. (vehemente.) Por lo que acaban de decir esos labios de clavel, por la alegría que me han dado... ¡Mi novia!
- MARÍA Pero, hijo mío, si ha sido una mentira para echar a la pareja y que se vaya usted tranquilo.
- SAL. ¡Que no, ea! ¡Que no me puedo ir!
- MARÍA Pero, ¿por qué?
- SAL. Porque todavía no se ha ido la pareja. Porque la pareja somos usted y yo.
- MARÍA Pero, ¿le entran a usted así de fuertes toas las cosas?
- SAL. Esta nada más; la de nuestro cariño.
- MARÍA ¿Cómo nuestro?
- SAL. ¡No, que va a ser mío solo!
- MARÍA Es que yo aún no he dicho que sí.
- SAL. Tampoco ha dicho usted que no; y sobre todo, eso al cura cuando se lo pregunte. (va abrazarla.)
- MARÍA Quietecito. (Retirándose con dignidad.) Que a este cuerpo no le han tocado otras manos de hombre que las de mi padre.  
(Al decir esto, el chico empieza a berrear con todas las fuerzas de sus pulmones, en la alcoba.)
- SAL. (Admirado.) ¿Qué es eso?
- MARÍA (Muy alegre, dirigiéndose a su alcoba.) ¡Hijo mío! ¡Ricura de mi vida! ¡Pobrecito mío, que me había olvidado de ti! (Saliendo con el chico) ¡Pobrecito! (Señalando a Salvador.) Este bribón del metin ha tenido la culpa con su palique.
- SAL. (Que está estupefacto.) Pero... ¿de quién es ese chico? ¡Ay, qué lío! (Llaman a la puerta. María sale a abrir con elorro en brazos) ¿Serán los Guardias? ¿Será el padre de la criatura?

## ESCENA VI

DICHOS y SEÑORA JULIA

- JULIA (Dentro.) ¡Ajito! ¡Encanto de tu madre! (Entra con el Chico en brazos, y con María, sin ver a Salvador.) ¡Corazón de tu madre! ¡De la mala pata de tu madre, que no la hay con una pata peor! (Comiéndose al Chico a besos.)
- MARÍA Pero, ¿qué le pasa a usted?
- JULIA ¿Qué ha de pasarme, hija? Mi suerte perra, mi suerte cochina, que soy más desgraciada que una bailarina con ruma. Que el jornal de hoy se va en monoplane. Que hoy no hay asistencia, y que la seña Julia se queda en casa para recibir a sus relaciones. ¡Ven acá tú, lucero!
- MARÍA ¡Vaya por Dios!
- JULIA Así hoy no tendrás que darle el biberón mientras yo falto. (Al chico.) Hoy no te lo dará tu madrina, sino tu madre. ¡Rey! ¡Re... (Viendo a Salvador.) ¡Rechufal! (A María.) ¿Quién es este señor? No había reparao.
- MARÍA Pues este señor es... mi novio.
- SAL. Sí, señora, su novio, y su marido dentro de pocos días.
- JULIA ¿Tu novio? ¿Y de dónde te ha salido este novio?
- SAL. ¡De ahí! (Señalando a la ventana.)
- JULIA ¡Qué reservá te has vuelto! ¡Ay que ver! Un novio y sin decirme nada.
- SAL. No podía decírselo a usted, porque hace diez minutos que nos conocemos.
- JULIA ¿Hace diez minutos que os habéis conocido y ya vais a casaros? Como sigáis a esa marcha, pa el otoño tenéis nietos.
- MARÍA No es pa tanto.
- JULIA ¡Digo! ¡Vaya una carrera! Mira hija, casaros hoy mismo y aprovecharé de que estoy libre pa ir a la boda.
- MARÍA Hoy no, porque no hay tiempo, pero el día que sea, usted y el señor Hilario son los primeros convidaos.
- JULIA (Asombrada.) ¡Ni visto ni oído!



MARÍA

(Al público.)

Y tú, público y señor,  
que eres mi esperanza toda,  
apláudeme, por favor,  
porque ese será el mejor  
regalo para mi boda. (Telón.)

FIN DEL ENTREMÉS

The first part of the  
 document is a list of  
 names and their  
 addresses in the  
 city of New York.

THE END OF THE  
 FIRST PART



Precio: **UNQ** peseta